

DOMINGO F.  
SARMIENTO

COLECCIÓN  
depar  
enpar

# Carta desde Río de Janeiro



HEBE  
UHART

Río es  
un estado  
de ánimo







**DOMINGO F.  
SARMIENTO**

# **Carta desde Río de Janeiro**



**HEBE  
UHART**

**Río es  
un estado  
de ánimo**



**DOMINGO F.  
SARMIENTO**

COLECCIÓN  
**depar  
enpar**

# **Carta desde Río de Janeiro**



**HEBE  
UHART**

**Río es  
un estado  
de ánimo**



Sarmiento, Domingo Faustino

Carta desde Río de Janeiro : Río es un estado de ánimo / Domingo Faustino Sarmiento ; Hebe Uhart. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2023.

80 p. ; 17 x 11 cm. - (De Par en Par / 3)

ISBN 978-987-728-191-0

1. Literatura. 2. Narrativa. I. Uhart, Hebe. II. Título.

CDD 860.9982

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

**Dirección:** Juan Sasurain

**Subdirección:** Elsa Rapetti

COLECCIÓN DE PAR EN PAR

**Coordinación de Publicaciones:** Sebastián Scolnik

**Producción y diseño editorial:** Departamento de Publicaciones

© “Río es un estado de ánimo” en *Crónicas completas*, de Hebe Uhart (Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora SA, 2020).

© 2023, Biblioteca Nacional  
Agüero 2502 (C1425EID)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
[www.bn.gob.ar](http://www.bn.gob.ar)

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

# ÍNDICE

<b>Carta desde Río de Janeiro</b> Domingo F. Sarmiento	9
<b>Río es un estado de ánimo</b> Hebe Uhart	51
<b>Un imperio desvanecido</b> por Jorgelina Núñez	63





# CARTA DESDE RÍO DE JANEIRO

Domingo F. Sarmiento

(1846)

Río de Janeiro, febrero 20 de 1846.

Señor don Miguel Piñero.

Son las seis de la mañana apenas, mi querido amigo, y ya estoy postrado, deshecho, como queda nuestra pobre organización cuando se ha aventurado más allá del límite permitido de los goces. El sol está ahí ya, en el borde del horizonte, escudriñando los más recónditos recesos de este cráter abierto en cuyo interior está fundada Río de Janeiro. Me pone miedo el sol aquí, y concibo que los pueblos tropicales lo hayan adorado. Paréceme ver en él, cuando se presenta en los límites celestes, aquella figura de Miguel Ángel que preside el Juicio Final, implacable en sus miradas que dominan la Tierra, atlética en sus formas que revelan su poder incontrastable. Es un tirano sobre cuya faz no es uno osado de echar una mirada furtiva; sus

rayos se sienten presentes a toda hora, agudos como flechas, penetrantes como lluvia de agujas. Después de veinte días de residencia en esta ciudad, permanezco inmóvil, los brazos tendidos, las fibras sin elasticidad, agobiado bajo la influencia letárgica.

Anúnciase apenas la aurora, y ya el calor del sol ausente aún pone en movimiento la vegetación, bulliciosa ella misma, como los enjambres de insectos dorados que la pueblan. Bajo los trópicos, la naturaleza vive en orgía perenne. La vida bulle por todas partes, menos en el hombre, que se apoca y anonada, acaso para guardar un equilibrio desconocido entre las fuerzas de producción. El hombre nacido en estas latitudes resiste a su acción instantánea; pero a la larga, vésele en sus hábitos, en sus hijos, debilitarse y perder la energía original de la raza. El extranjero venido de climas templados se siente paralizado en sus movimientos, como en aquellas pesadillas en que el brazo no obedece a la impulsión que quisiera darle la voluntad en un soñado peligro; anda escondiéndose del astro matador, y asechando su ausencia para ir a contemplar como un intruso las obras de este artífice supremo o las maravillas tropicales. Y entonces, cuando la vista se ha esparcido sobre este conjunto de cuadros, de sombras luminosas y de luz reverberada, se comunica a los sentidos la fatiga del

espíritu gastado por la sensación de lo sublime, que en la vida no se ejercita sino de tarde en tarde y por minutos, y que dura aquí horas enteras; y el pobre neófito vuelve a buscar su hogar sintiendo su nada y la limitación de sus facultades físicas y morales.

Hoy me pone al fin la pluma en la mano una de aquellas sensaciones que excitan la efervescencia del ánimo y superan al decaimiento de los miembros. Cuando el sol asoma su disco colosal en el horizonte, sábelo el que duerme en el apartado y oscuro retrete del interior de los edificios. Dormido, siente uno moverse el aire en olas tibias que se vienen empujando, hormiguarle la sangre, dilatarse los poros para convertirse en fuentes de donde fluyen mares; y a las locas ideas que revuelve la imaginación se suceden movimientos extraños, como de luces que se apagan, como de fantasmas que huyen o se evaporan, como de pesos que van acumulándose sobre los miembros y estorbando el movimiento, con un alargarse al parecer de las fibras cada vez más y más, hasta que a la sensación de la fuerza se ha sustituido la languidez, la muerte en vida del cuerpo y la enervación del espíritu. Esto es el despertar del trópico, y esta mañana, cuando recordaba el sentimiento de la existencia así mutilada, un desconocido rumor de sonajas metálicas y de voces humanas, porque decididamente, aunque

extrañas, pertenecían a las modulaciones de nuestra especie, venía a confundirse en aquel caos del espíritu que se llama sueño. Incorpórome pesadamente, y los ruidos toman la forma neta y despejada de la realidad; asómome a la ventana que domina la plaza, y la esclavatura se me presenta en toda su deformidad. Larga recua de negros encorvados bajo el peso de la carga, seguían al trote al madrin que en la delantera agitaba sonajas de cascabeles y campanillas. Negros arrieros cerraban la procesión, chasqueando sus látigos sonoros para avivar el paso de las mulas humanas y aquellas bestias en dos pies, lejos de gemir bajo el peso, cantan para animarse con el compás de su voz; al oírla en coro con la de los que la preceden y la siguen, se sienten hombres todavía y prevén que hay un término próximo a su fatiga, el muelle donde las naves cargan, y un fin lejano, la muerte que cura todos los dolores.

Paréceme que todas las injusticias humanas vinieran del sentimiento de la debilidad. La raza negra queda hoy tan solo esclavizada por los últimos en la escala de los pueblos civilizados, los portugueses y los españoles. La esclavatura es como los pañales de la industria. Hasta los romanos, la guerra se hizo como medio de hacer provisiones, hasta ayer nomás la industria que nacía traía un esclavo para atarlo a la tahona o uncirlo al yugo.

Pero cuando el hombre se ha encontrado en posesión de las matemáticas, ha dejado de explotar hombres y sustituido la fuerza de los caballos mismos con la del vapor que pone en movimiento las máquinas de su invención. Hay esclavos donde no hay poderes dinámicos, donde el individuo se reconoce débil en presencia de las resistencias físicas; los hay en el Brasil, en Cuba y en la extremidad sur de los Estados Unidos. ¡Pero bien cara que pagan esta injusticia! La raza blanca en Río de Janeiro está plagada de enfermedades africanas, que participan del carácter odioso y deforme de las degeneraciones de los trópicos, donde lo que no alcanza a ser bello, es monstruoso y repugnante: mariposas doradas o sabandijas espantables. La raza esclava sirve de seguro del despotismo, y el amo no osa ser libre, porque siente removerse bajo sus plantas la víctima que a su vez oprime. La familia, aquel último asilo del egoísmo, se disuelve también, y el cáncer de la esclavatura lleva la degradación al hogar doméstico, la crápula sucia a veces y la relajación de todos los vínculos sociales. El asilo doméstico es un estrecho y velado santuario en los pueblos lusitanos. El esclavo hace parte obligada de la familia; el amo descubre, con su ojo negrero, atractivos raros en su esclava joven que le hacen olvidar los deberes conyugales; y en aquellas casas cerradas

casi siempre a los extraños, se arrastra, como esas feas alimañas que se placen en la oscuridad y en el fango, torpe la guerra entre marido y mujer, orgías de adolescentes que hacen bajo el techo doméstico el aprendizaje del vicio; a veces susúrrase de tal dama que ha tenido un desliz con un esclavo, o la esposa infeliz sufre de continuo las mordeduras atroces de los celos, viendo a la par de la suya crecer familias espurias de los que pueden llamar hermanos o padres a sus hijos. Así el crimen cometido contra una raza, y consentido por la moral pública, va deponiendo lentamente sus gérmenes en el seno mismo de la raza opresora, para obrar a la larga una de aquellas grandes e infalibles compensaciones ;con que el mal se equilibra en el mundo moral tornándose siempre en desagravio de los oprimidos! ¡Oh!, por qué no ha dado Dios a los tiranos una vida más larga que a sus víctimas momentáneas, a fin de que no se sustrajesen con su temprana muerte a la ley infalible del mal, que es matar ¡al mismo que lo promueve!

El mulato se levanta ya en el Brasil amenazando vengar bien pronto las injurias hechas a su tostada madre. Raza viril que conserva la sangre ardiente del africano, templada para bullir bajo los rayos verticales

del sol, al mismo tiempo que la organización de su cráneo lo liga a la familia europea. Dumas, Plácido, Petion, Barcala, aquellos nobles mulatos viven aquí en todos cuantos hombres notables brillan por las artes, la música, la poesía y las ciencias médicas. La raza pura portuguesa cae visiblemente en la decrepitud y en la inanición, y en las cámaras y en la prensa diaria, más fecunda aquí en injurias que entre nosotros, todo se dicen los contendientes, hasta sodomitas, menos mulatos; porque cada uno se siente implicado en el reproche, en sus hijos, en sus deudos o en sí mismo. Hay una ley que prohíbe el uso de este epíteto, medida segura para pesar la gravedad del mal.

Me detengo sin quererlo sobre brillantes cualidades morales de esta raza intermediaria entre el blanco, que se enerva en los climas ecuatoriales, y el negro, incapaz de elevarse a las altas regiones de la civilización. Otra vez había notado la predisposición constante del mulato a ennoblecerse, y su sentimiento exquisito del arte, que lo hace instintivamente músico. Viénele la primera cualidad de haber ensanchado su frente, y la segunda de la sangre africana que calienta su nuevo y más idóneo cerebro. El negro canta, y sus nervios se robustecen y cobran alientos, cuando habían tocado ya el último término posible de la acción humana. Si un negro va en las calles de Río de Janeiro agobiado



bajo el peso de la carga, y otro observa que las piernas le flaquean y su espinazo se estremece, exhaustos ya los poderes de tensión, corre presuroso en su auxilio, pónesele al lado y le canta acompasándose a la marcha. Responde con voz adolorida y sepulcral el paciente, aviva el canto el auxiliar, y poco a poco la voz se aclara, el paso se afirma y el dúo se sigue alegre y mesurado. Entonces el negro amigo ha terminado su obra de caridad, dando al afligido música que remonte sus fibras, volviendo sobre sus pasos a continuar su camino del que se había desviado. Cuando los remeros esclavos han bogado dos horas y por sobre sus anchas espaldas corre a mares el sudor, y sus ojos hundidos brillan con luz taciturna, míranse entre sí, y prorrumpen en un canto con palabras inteligibles cual ensalmos dirigidos al fetiche. El golpe de los remos mide el compás, y algunos minutos después, el ligero esquife hiende las olas como arrebatado por una corriente irresistible. Una vez de camino a una visita, encontré un grupo de africanos haciendo corro a uno que cantaba; acompañábanle con los movimientos de los ojos y el golpe de las manos todos los que le rodeaban, y con los pies uno que estaba pesadamente cargado. Dos horas después, acertando a pasar por el mismo lugar, detúveme asombrado a contemplar el mismo grupo embriagado con aquella

ambrosía que hacía olvidar al uno su pesada carga y a todos, las horas transcurridas. ¡Cuánta animación en aquellos semblantes radiosos de felicidad y de entusiasmo, cuánta voluptuosidad en aquellas bocas entreabiertas, y cuánto fuego en aquellas miradas fijas y centelleantes! ¡No! Los artistas de la ópera no me han mostrado sentir la música como una negra a quien requebraba, sin duda en canto mandinga o cafre, un negro que la detenía en la calle. Su boca, sus ojos, sus nervios todos seguían por segundos las modulaciones monótonas del tentador, como si cada nota de aquellas se asentase visiblemente en su fisonomía, animada hasta la exaltación y el delirio. El entusiasmo es la calidad más dominante en el negro, y el amo avaro, para excitarlo, hace que su recua cante, a fin de hacerla dar la última partícula de acción y de trabajo. ¿Nos vendrá por ventura la música del sol como los colores? ¿Por qué brilla en Italia y va disminuyendo en armonías a medida que se avanza hacia el norte hasta las playas de Inglaterra? Hay en la naturaleza tropical melodías inapercibibles para nuestros oídos, pero que conmueven las fibras de los aborígenes. Oyen ellos susurrar la vegetación al desenvolverse, y en los palmeros donde solo escuchamos nosotros murmullos del viento, distinguen los africanos cantos melodiosos, ritmos que se asemejan

a los suyos. La armonía y la belleza, ¿por qué no han de ser cuerpos imponderables también, como el magnetismo y la electricidad, que solo necesitan un estimulante para producirse? En los climas templados reina sobre toda la creación un claro oscuro débilmente iluminado que revela la proximidad de las zonas frías, en donde el pinabeto y el oso son igualmente negros. Suba usted la temperatura algunos grados hasta hacerla tropical, y entonces los mismos insectos son carbunclos o rubíes, las mariposas plumillas de oro flotantes, pintadas las aves, que engalanan penachos y decoraciones fantásticas; verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores, tangible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas a fuego las nubes, roja la tierra, y las arenas entremezcladas de diamantes y de topacios. Paséome atónito por los alrededores de Río de Janeiro, y a cada detalle del espectáculo, siento que mis facultades de sentir no alcanzan a abarcar tantas maravillas. Desde el mar al aproximarse el buque, llégase a un estrecho pasaje que custodian de pie el gigantesco Pan de Azúcar, y una extraña figura de cadáver humano que parece un rey Borbón tendido sobre su tumba. Los viajeros se muestran este capricho del perfil de una montaña, a cuyos lineamentos la imaginación presta luego todos los detalles de la realidad. Esto es solo la boca

del proscenio, y allí colocado el espectador, ve de un golpe desenvolverse ante sus ojos la hasta entonces escondida bahía de catorce leguas de profundidad, sembrada de islas, verdinegras en primer plano, azules más lejos, y blanquecinas al fin, como para quitar la monotonía de punto de vista tan vasto, terminando a lo lejos el horizonte la montaña de los Órganos, que eleva al cielo sus picos de mayor a menor como las flautas del instrumento que le da nombre.

En medio de la ciudad, en el centro de los barrios más populosos, se alzan siete morros revestidos de verdura brillante como un mosaico revestido de esmeraldas; el pasto de África cubre el terreno, y donde un corte o un derrumbe de la tierra impide la vegetación, el panizo de un rojo vivísimo se deja ver para hacer contraste con los diversos matices de verdes, plateados, negruzcos o amarillos que los árboles, entrelazados entre sí por diversas lianas, ostentan en deliciosos sotillos, cual si trataran de prestarse mutuo apoyo en los declives y sinuosidades que los protegen contra las invasiones de la civilización que los circunda. El café crece a la sombra del árbol del pan, y el cocotero, los mangos, los naranjos, por poco que hallen espacio y tierra, se agrupan en verdaderas selvas primitivas.

Todas las tardes ascendíamos, penosamente por la fatiga que el calor causa, uno de los morros y las sensaciones de placer, el inefable deleite, la excitación de entusiasmo casi delirante que causa esta naturaleza siempre de gala, siempre brillante y recargada de perfumes y de flores, lejos de saciarse era un nuevo aguijón para concertar nuevas exploraciones a un morro inmediato.

Hacia el sur de la ciudad y costeano el mar, se extienden los barrios aristocráticos del Catete y Botafogo, verdaderos Saint-Germain de la nobleza extranjera, de la diplomacia, la finanza, y todo lo que puede aspirar a la holganza reposada que exige un clima abrasador. Pero este Saint-Germain brasileiro conserva todo el tipo del país. La mansión inglesa está circundada de jardines, cubierta con una capa de enredaderas que apenas nos deja dar con la puerta, abrigada bajo la sombra de los árboles extraños en formas y frutos que el país produce.

Botafogo tiene una bahía aparte, que semeja un lago tranquilo, casi encerrado por promontorios coronados de palmeros, y a su espalda se levanta el Corcovado, inmenso fragmento de granito que avanza de una manera amenazante sobre la línea perpendicular, como si el núcleo de la montaña hubiese querido sacar la cabeza en medio de las convulsiones de la

agonía, a respirar el aire libre, sofocado por las masas de vegetación, yerbas, arbustos, árboles, enredaderas amontonadas, superpuestas, intrincadas e impenetrables que la cubren, desde la base hasta los cuatro quintos de su elevación total. El paisaje que desde la cumbre del Corcovado se descubre es estupendo. Al oriente la inmensa bahía con sus buques y sus islas, hacia la base la ciudad y sus alrededores, y los morros mirados a vista de pájaro, y nivelándose aparentemente con el suelo como oasis floridos. A la espalda hacia el occidente y el norte, un mar de verdura, cuyas olas la forman una serie de montañas que se pierden en el horizonte y que sirven de guarida inabordable a los negros cimarrones.

Las calles centrales de la ciudad son estrechísimas, quizá consultando en ello la escasez de vehículos para el movimiento de las mercaderías que hacen los negros a hombro; pero las más apartadas y de data más reciente son espaciosas y rectas de veinte y aun treinta varas de ancho. El empedrado se compone de fragmentos de granito ajustados entre sí con arena y cascajo, lo que le da una tolerable igualdad y la duración que no puede obtenerse en Chile con los empedrados de guijarro. Entre las ventajas con que

la naturaleza se ha complacido en dotar a Río de Janeiro, cuenta la inapreciable de la más rica especie de granito azul con criaderos de rubí. Parece que hubiera una muestra perceptible en el material de los edificios en América, de los progresos de la civilización o de la proximidad de la Europa. En Chile, desde el más rico propietario hasta el infeliz labriego construyen con barro o adobes y revoque de tierra mojada. En Montevideo, la construcción se hace con ladrillo y cal exclusivamente, lo que revestido de estuco da a la ciudad una apariencia elegante y elevada. En Río de Janeiro se construye con granito, cortado en paralelogramos que sostienen el marco de las ventanas y puertas, distribuidas generalmente a tres pies unas de otras, de manera que estos trozos de piedras forman el esqueleto del edificio, cuyos pequeños lienzos rellenan con escombros de granito informes amasados con estuco.

Con tan durables elementos de construcción, ayudados de mármoles de Italia, jarrones, bustos, estatuas, azulejos y arabescos en estuco con que decoran los frisos, los edificios toman un aspecto risueño y culto a la vez. Las plazas públicas, casi siempre pequeñas e irregulares, si se exceptúa el campo de Santa Ana que es una plaza monstruo, a la que desembocan por lo menos seis calles de cada

costado, están dotadas de una fuente de agua que es un edificio o una torre, flanqueada de surtidores multiplicados, a fin de facilitar la provisión que, por centenares a un tiempo, aguardan los esclavos todo el día sin interrupción. Alimenta estas fuentes, entre otros de menor cuantía, el magnífico acueducto de Jacobo IV, que desde la cúspide del morro de Santa Teresa conduce las aguas sobre arcadas superpuestas como las romanas del acueducto de Valencia. Río de Janeiro posee varias obras públicas de consideración, pudiéndose contar entre ellas la calzada de Pedro I que, atravesando un terreno fangoso que en otro tiempo ocupó el mar y hoy invade la población, conduce al palacio de San Cristóbal, edificio pasablemente, sino bello, embellecido con estatuas, y que situado sobre una eminencia domina el inmenso jardín del emperador, donde se aclimatan las plantas útiles de todos los climas. El primer día de carnaval, a fin de escaparnos de la granizada de globillos de cera llenos de agua de olor con que de todas las ventanas asaltan, empapan y aturden al indefenso transeúnte, Rugendas, el pintor de costumbres americanas, y yo nos dirigimos al jardín del emperador, donde nos hospedó durante todo el día Mr. König, un naturalista alemán muy estimable que preside los trabajos del jardín, casi abandonado hasta la época en que el príncipe



de Joinville residió en el país y afeó tanta incuria. No sé si Ud. ha visitado alguna vez un jardín botánico acompañado de un naturalista, apasionado como lo son casi todos de esta segunda creación que la ciencia ha hecho, clasificando las plantas, estudiándolas en su origen, familia, costumbres, etc., como si fueran pueblos de distintas razas y países. Es necesario ser muy inculto para no sentirse interesado, en despecho de los nombres técnicos, en esta exposición que el cicerone naturalista va haciendo, a medida que encuentra una nueva planta que mostrarnos. “Esta pertenece a la especie... de la familia... del género... viene de la isla de Borbón, la flor, la hoja, etc., llaman vulgo... sirve... etc.; esta otra es de México, cual de la nueva Guinea, cual otra del centro de África”; todas útiles o raras o extraordinarias, y aun extravagantes por sus formas. Hay calles de árboles hermosísimos del país, y se estaban formando otras del árbol del pan, y de bambúes; compartimentos ocupados por plantaciones de té, alcanfor, clavo de olor, canela, etc., etc. Mostráronme un sembrado de un pasto fuerte y largo que sirve maravillosamente para techar cabañas; un árbol cuya corteza sirve para hacer ligaduras; una especie de palma para construir con sus hojas un tejido para bolsas de café, y multitud de árboles y plantas productivas o aplicables a la industria de

todos los países tropicales del mundo. Proponíase el emperador aclimatar en su jardín todas las plantas exóticas que forman la riqueza del Jardín Botánico, vasto establecimiento de aclimatación, situado en dirección opuesta, a tres leguas de la ciudad y detrás del Corcovado. Un diputado había denunciado este jardín como un lujo inútil que absorbía las rentas del Estado. Es efectivamente un bellissimo establecimiento, sostenido con asiduidad extrema, y enriquecido con cuanto vegetal productivo hay en los países tropicales, y cuyas semillas y plantas se distribuyen gratis a los hacendados que las solicitan. Por lo demás, no sé si el diputado tenía razón o no; pero no hace cincuenta años que se introdujo la primera semilla de café en Río de Janeiro; no hace treinta que se extrajo la primera bolsa del aclimatado, y hoy pasan de ochocientas mil las que llenan todos los mercados del mundo. El azúcar y los diamantes han cedido su lugar al café como producción principal; cuatrocientas mil almas forman la provincia de Río de Janeiro que explota el café; la capital se ha llenado de riquezas, de edificios y de población; la bahía está siempre en movimiento proveyendo café a los centenares de buques que lo demandan, y el café es, en fin, el ángel salvador del Brasil, cuyos azúcares pierden de día en día su valor en todos los mercados. La provincia de San Pablo

empieza a producirlo de regular calidad, y gracias al Jardín Botánico, el alcanfor, y el clavo, y la canela, y el té brasileros pueden una vez presentarse en los mercados europeos, si no temibles por su calidad, respetables por las grandes cantidades en que son producidos. Es imposible imaginarse las dificultades con que las mejoras o los nuevos ramos de industria tienen que luchar en América, por el apego a la rutina, la incuria y la pereza que en los pueblos engendra la facilidad de vivir como quiera y con cualquier cosa. Sin goces, como sin necesidades, el gobierno debe estimular esta pereza, haciendo brillar ante los ojos de estos pueblos niños las joyas cuya posesión solo les costaría extender las manos. Quién sabe, por otra parte, cuánto ha contribuido el Jardín Botánico a desenvolver el gusto por la jardinería que he notado y que tanto embellece la vida doméstica. El paseo público de Río de Janeiro es también un hermoso jardín de árboles y plantas brasileras que un particular donó al rey, que en recompensa lo hizo conde o marqués del paseo público, ni más ni menos como Napoleón hacía un duque de Bellune o un príncipe de la Moskowa.

Para terminar con los jardines y la naturaleza tropical que tan encantado me tienen, diré a Ud. que he debido a los jardines públicos de Río de Janeiro el

placer de conocer la rara vegetación tropical en cuanto de más rico ostenta en toda la tierra, conservada en todo su esplendor y su brillo. Mr. Konig me decía: “en Europa en los conservatorios verá Ud. estas mismas plantas, pero tristes, pálidas, como tísicos que en un hospital viven a fuerza de arte y de cuidados. Aquí están como en su país, bajo este cielo abrasado, alzándose en medio de la atmósfera húmeda y tibia que les conviene, y sacudidas y bañadas por las lluvias que las mantienen siempre brillantes, como si acabasen de salir de las manos del Creador”. Y en efecto, es el carácter peculiar de la vegetación de los trópicos esta rareza de formas y de colores cualquiera que sea la dimensión del vegetal, revestidos sus troncos de musgo, sus ramas recargadas de parásitas eflorescentes, y sus hojas brillantes siempre y resplandecientes.

La ciudad facilita, por medio de ómnibus capacísimos, la comunicación entre el centro y las extremidades. La aduana está en la ribera del mar, y los buques atracan a cuatro o cinco muelles de descarga, que ahorran la intervención de lanchas, depositando desde la bodega del buque, por medio de un aparejo, la carga en almacenes. Otro muelle hay para la descarga de frutos del país, otro para descargar café y diez o doce más

para desembarco de pasajeros, o mayor comodidad de los buques que están cargando. Cada hora parte un vapor que lleva y trae a los vecinos que tienen negocios en Playa Grande, o motivo de visitarla.

Todos los días va uno a las islas, cada dos otro al fondo de la bahía; cada semana salen dos para Santos, San Pedro y Puerto Alegre, y cada quince otro, en fin, que costea la margen del Atlántico, llega a Pernambuco, Bahía y Pará, límite del Imperio al norte. Como Ud. lo ve, el Brasil en locomoción acuática sale ya del rol de los pueblos sudamericanos, que tan supina incapacidad han mostrado hasta aquí en todo lo que tiene relación con la viabilidad. Aquel movimiento parte de la capital, tan prodigiosamente situada en el medio de la América del Sur, a orillas de la bahía más espaciosa y segura del mundo, entre el cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, centro de todos los derroteros marítimos, donde se cruzan las líneas de Europa y Estados Unidos, escala del Pacífico, a la vez que de los mares de la India, astillero y estación naval indispensable. Río de Janeiro, en la navegación universal, ocupa el mismo puesto que Bizancio o Constantinopla en la antigua esfera de navegación dentro del Mediterráneo. El resto del Imperio, a medida que sus provincias se alejan de las costas, presenta el aspecto de la naturaleza primitiva; el camino se

cambia en senda variable según los estragos que las lluvias hacen sobre el terreno. La agricultura se hace en Minas Gerais, sin demarcación de la propiedad, pasando las labores de un lugar a otro, a medida que los matorrales arborescentes del trópico dejan espacio para las plantas cultivables.

Existen en las poblaciones de campaña lejanas de Río de Janeiro asesinos de profesión, matones que ganan su vida ejerciendo la justicia por encargo de las partes agraviadas; el gaucho aparece en San Pablo y en San Pedro, con sus hábitos de incuria y sus poderes sorprendentes de destreza y de energía. La descomposición, en fin, se efectúa en los extremos, como en el resto de la América, si bien la compensan la vida que principia en la capital.

Ya ha visto Ud., mi buen amigo, cómo el mulato suplanta al blanco; pero aún hay otros movimientos que equilibran esta fuerza, bien que siempre en detrimento de los oriundos del país. Acumúlanse de día en día en Río de Janeiro los portugueses de la península, que ya se cuentan en número de cincuenta mil, conservando siempre sobre los habitantes del independiente Imperio aquella superioridad de energía y de fuerzas productoras que caracteriza al europeo, aunque sea portugués, y arrogándose además pretenciosa superioridad como pertenecientes

a la metrópoli. Los portugueses de allá miran a los de acá como una especie de albinos, llamándolos macacos por alusión a una familia de monos. Así el odio de los brasileros contra sus godos aquellos se aviva cada vez más por la decidida influencia que les dan sus riquezas adquiridas, y no pocas veces su superioridad en inteligencia. Síguenseles los europeos en general, que ostentan en la Rua Directa y en la de Ouvidor todas las magnificencias del comercio europeo, expuestas con gusto parisiense. El europeo es allí la parte viva de la sociedad; de él son las naves, suyos los almacenes, él entra como parte obligada en todas las empresas, y por él y para él, los negros están en continuo movimiento. Yo he buscado en vano en Río de Janeiro al brasileros, sin poderlo encontrar sino por raras muestras que me han dejado sospechar que debe existir en alguna parte. El brasileros de origen es noble, aunque a veces mulato, condecorado de cruces de diamantes, ministro, aduanero, empleado, o hacendado, en cuya última función tiene que haberse las con el portugués. El brasileros ha bloqueado los empleos, allí no hay cuarentena para el extranjero que no puede ser ni ingeniero, razón por la que no hay todavía un mapa del Imperio ni una carta topográfica de la provincia de Río de Janeiro. Tal es esta oscuridad del nacional, que la embajada inglesa ha mantenido

por tres años consecutivos una tertulia de invierno, a cuyas reuniones no era permitido a los nacionales asistir, aunque formasen sus mujeres y sus hermanas el principal ornato de ella.

En pos de estos movimientos espontáneos de razas y pueblos nuevos que acuden a aquel manantial inagotable de riqueza, vienen las especulaciones de inmigración que han principiado ya en escala superior, si bien con éxito deplorable. Hay en el fondo de la bahía una colonia de suizos; un enjambre falansteriano vino de Francia a disolverse apenas hubo tocado el suelo caliente del Brasil, y tres mil alemanes depositados en la playa como se deposita el carbón de piedra o las balas de algodón fueron diezmados, quintados, aniquilados en pocos días por la miseria, el calor, la fiebre y el desencanto. Nada estaba preparado para su recepción, por esa impericia que nos es común a todos los descendientes de la península para asimilarnos pueblos extraños. El alemán nacido en climas templados, en lugar de cereales, encontraba el café y la caña, y en vez de frutas europeas, veía con asombro racimos que no eran de uvas; paltas, bananas, ananás, mangos cuanta otra variedad extraña y desconocida ofrecen los trópicos.

De todo este conjunto de movimientos de suplantación de aquella aglomeración de fuerzas activas



civilizadoras que hacen la riqueza y el esplendor del Imperio, se levanta un grito unísono contra el extranjero, que es insolente, astuto, avaro, conspirando contra el Brasil, llevándose el oro y los diamantes en cambio de sus baratijas y sus abalorios. ¡Qué odio contra la Inglaterra que persigue la esclavatura! ¡Qué día de gloria aquel en que el emperador mandase echar a pique las escuadras estacionadas en la bahía, y ahogar a todo extranjero establecido allí, y prohibir la introducción de artefactos europeos, para que entonces los fabricasen los brasileros mismos, bien entendido que traerían de Europa las máquinas, y acaso consintieran en que viniesen los artesanos a enseñarles a manejarlas! Los diarios y los estadistas más eminentes propalan la misión del Brasil para ponerse a la cabeza de la cruzada contra las pretensiones europeas; Rosas, que se llama el Defensor de la Independencia americana, es un intruso, un bárbaro y un pobre diablo, porque el brasilerlo afecta ignorar que existe por ahí una cosa que se llama República Argentina, no obstante que sus enviados, su política y sus naves han sido siempre y son hasta hoy el estropajo de su caudillo.

La política imperial participa de estas preocupaciones. Allí más que en Buenos Aires, es profunda la convicción de que no debe permitirse a los extranjeros la libre navegación de los ríos, que los nacionales no

navegan, y tener por límites del Imperio el Amazonas al norte y el Plata al oriente; es el sueño dorado del moderno Imperio, que se envanece de tener como Roma siete colinas en la capital, esclavos que labren la tierra como de antiguo, y la misión de dominar la América por sus escuadras, su diplomacia y su comercio. Los *casteçaos* son una degeneración de la raza portuguesa, y el habla española un dialecto del idioma de Camões; pretensiones un poco exageradas, visto el desigual desarrollo de las fuerzas productivas en proporción de la riqueza del suelo y de la ¡envidiable posición geográfica del Imperio!

La forma de gobierno da aquí sus frutos, con la lozanía de las tierras vírgenes. El emperador es una grande bomba de aspiración que atrae a sí incesantemente todas las partículas de poder y de riqueza que pueden desprenderse de la masa general; los ministros ejercen la atracción para su propio centro; y descendiendo la escala de la jerarquía social, se encuentra que cada individuo es un centro, un imán más o menos grande. El egoísmo es, pues, la ley universal, y aquí como en todas partes puede decirse a los pueblos lo que Beranger decía a los belgas: ¿queréis reyes? ¡Tomad rey!

La república se ha mostrado en el Brasil embozada en el poncho y armada del lazo, equipaje

semibárbaro, que no abona, sin duda, sus principios. Yo no comprendo la república sino como la última expresión de la inteligencia humana, y me desconfío de ella cuando sale del interior de los bosques, de las provincias lejanas de la capital, del rancho del negro o del espíritu de insubordinación de algún caudillo de jinetes. La república aparecida en las provincias pastoras de San Pedro y de San Pablo hizo excursiones momentáneas en Minas Gerais, sin osar acercarse a la capital; descomposición de los extremos que no admiten gobierno posible y que, después de algunos años de revueltas, ha vuelto a entrar en la nada, de donde salió, no sin haber dejado escapar algunos destellos de valor, en medio del turbión de desórdenes que trae consigo la guerra de caudillaje.

En materia de bellas artes y de monarquía, me guardo para ir a verlas en su cuna, que aquí sus imitaciones me parecen mamarrachos y parodias necias. El emperador gana 490.000 pesos anuales por la lista civil, tiene dos palacios, jardines y otras granjerías. Hay déficit en las rentas, y papel moneda desacreditado, en exclusiva circulación como el de Buenos Aires. Es el emperador un joven, idiota en el concepto de sus súbditos, devotísimo y un santo en el de su confesor que lo gobierna; muy dado a la lectura y, según el testimonio de un personaje distinguido,

excelente joven que no carece de inteligencia, aunque su juicio está retardado por la falta de espectáculo y las malas ideas de una educación desordenada; la fanfarronería en las palabras y la indecisión en los hechos, he aquí los dos cabos del hilo de la política imperial en todas las transacciones que tienen relación con el Río de la Plata. El general Guido había no ha mucho arrancádole un tratado, por el cual la policía brasilera se encargaba de hacer el oficio poco honroso de carcelera de los emigrados argentinos.

Teníase la cosa secreta, robose alguien una copia del manuscrito, y la prensa de Montevideo lo expuso a la vergüenza pública. Mucho podría añadir sobre la administración de las rentas públicas, el peculado, el contrabando y la mendicidad de los empleados, si el orlado manto imperial no cubriese todas estas fealdades que no pertenecen al carácter portugués, sino simplemente a todo desperdicio de pueblos, arrojados en las costas americanas al acaso, y para hacer la policía de las naciones que los enviaron.

Diré a Ud. algo sobre los hombres que he conocido en Río de Janeiro, porque ya es tiempo que concluya esta larga carta. Cuando Ud. viaje, hágase de buenas cartas de introducción al principio; no que hayan de servirle de gran cosa aquellos a quienes va recomendado, sino que, por una de tantas puertas

abiertas, ha de encontrar su pasaje y su camino a donde quiera Ud. llegar; a más de que la civilidad en todas partes pródiga de aquellas atenciones que nos muestran que no andamos desconocidos e ignorados en el mundo. Traíalas yo para el Dr. Sigaud, médico del emperador y autor de varios trabajos importantes y que me puso en contacto con el Dr. Chavannes, promotor de la industria de la seda; para Hamilton, encargado de Negocios de la Inglaterra, quien se dignó presentarme el caballero Saint-Georges, del mismo carácter diplomático por la Francia, el cual a su vez me presentó a un joven de la marina francesa. No quiero pasar por alto una ocurrencia insignificante en sí misma, y que me valió con el segundo de aquellos personajes la transitoria intimidad que puede establecerse en dos o tres encuentros. Hamilton me había invitado a comer, y tenía yo en la mesa de un lado a Saint-Georges y del otro al general Rivera, de Montevideo, y próximo a regresar a aquella ciudad a hacer una de las suyas. Conoce Ud. la historia de este célebre caudillo que ha figurado cuarenta años en las revueltas de la gente de a caballo.

Había sÍdole presentado antes por el enviado del Uruguay y recibídome con aquella afabilidad del gaucho que acoge a un doctorcillo de quien le han hablado bien sus amigos, especie de muñeco, que no

suele ser inútil a veces, sobre todo cuando se ofrece escribir una proclama, o un manifiesto, que explique a las naciones y al pueblo las razones que tiene para alzarse el gaucho y turbar dos años la mal conquistada tranquilidad.

¡Ay! ¡Qué estúpidos son los pueblos! ¡No me canso de contemplar a este general Rivera!

¡Qué bruto tan fastidioso y tan insípido! ¡Qué saco de mentiras y de jactancias ridículas, qué nulidad! ¡Y, sin embargo, hay hombres decentes por millares que no solo se dejan arrastrar por él a los conflictos de la guerra y de la revolución, sino que aun estando caído, se sienten dominados por su prestigio! Yo concibo que la nulidad que se oculta a las miradas del público y solo se hace sentir por atrocidades ejerza al fin la fascinación del misterio y la acción endémica del terror que enferma la razón obrando sobre los nervios; pero la insignificancia a cara descubierta, palpable y poco dañina, porque esta justicia se le debe a Rivera, esto es lo que no comprendo. Yo he debido quedar muy mal puesto en su concepto; y todas aquellas fórmulas con que la buena educación prescribe disimular nuestro pensamiento para no lastimar el amor propio ajeno no han bastado, a lo que creo, para ocultarle al buen general, no diré mi desprecio porque no es esta la palabra, sino la

risa que me da verlo caudillo de pueblos, personaje histórico y hombre influyente. Hablábase en casa del enviado montevideano de los negocios del Río de la Plata, y, como recientemente llegado, yo exponía los últimos acontecimientos. Los interventores, francés e inglés, decía yo, desearían arreglar por un tratado la cuestión si las partes contendientes se sometiesen a entrar en compromisos mutuos, con garantías de su cumplimiento en lo futuro. Montevideo no puede tratar, repuso el general Rivera con un aplomo y una sencillez adorables: si no se trata conmigo, todo lo que se haga es nulo; yo soy Montevideo, yo soy todo, ¡la verdad! Habíame quedado estupefacto al oír este lenguaje en boca de un hombre entrado ya en años, estábamos todos con la circunspección conveniente, y de repente, por una de aquellas súbitas revoluciones de la imaginación, muy frecuentes en los niños, yo, el menos condecorado entre tan altos personajes, yo reventé en risa. Fue para peor que me contuviese, súbitamente, sacara el pañuelo y afectase limpiarme el sudor; mi confusión misma hizo comprender a todos, y al general, que me le reía en sus hocicos.

En la mesa de Hamilton se hablaba de todo: política, fruslerías, incidentes, noticias. En cada cosa Rivera metía su cuchara principiando siempre: pues, yo...

y seguía alguna necesidad y siempre él, actor, héroe y parte integrante del suceso. Nombrose a la reina doña María de la Gloria y Rivera estuvo listo para añadir que en su mano había estado casarse con ella, según se lo proponía don Pedro, pero que él no había querido. El enviado francés, con una exclamación para halagar a Rivera, y una mirada a mí para preguntarme si yo entendía mejor que él las habladurías de este payo, me inspiró desusada presencia de ánimo para decirle: ¿por qué no admitió, general? ¡Habríamos tenido la gloria de verlo rey de Portugal a la hora de esta! Pude hacer llegar a la *adresse* de Saint-Georges esta palabra: *c'est un bavard*,\* y nuestra buena inteligencia quedó en el acto establecida, luchando ambos en adulaciones al general y en compostura, para no traicionar la risa que nos retozaba, y cuyo fardo fuimos a deponer en un rincón apartado a la hora del café, pasando en reseña las ocurrencias divertidísimas de la mesa.

Para reivindicar la honra de Montevideo tan comprometida por este badulaque, tuve el gusto de conocer al Dr. Vilardebeau, médico, y el sabio americano más modesto, más sencillo y estudioso que he conocido. Acompañome a la visita de las escuelas, habiéndose él mismo encargado de facilitarme

---

\* Es un charlatán (N. de la E.).



con el gobierno autorización para hacer de ellas un examen detenido. Creo haber ganado sus simpatías, y este es un título del que me honro. La emigración argentina enseña aquí de vez en cuando algún resto del antiguo partido unitario; Santa Catalina y San Pedro son, sin embargo, los puntos donde mayor número de emigrados se han acogido. Una joya encontré en Río de Janeiro: Mármol, el joven poeta que preludia sin lira, cuando no hay oídos sino orejas en su patria para escucharlo. Es este el poeta de la maldición, y sus versos son otras tantas protestas contra el mal que triunfa y que los vientos disipan sin eco y antes de llegar a su dirección. La poesía tiene su alta conciencia del bien, que no se atreve a traicionar por temor de empañarse. Mármol, al lado de Guido, el solícito servidor de Rosas, desencantado, sin esperanza y sin fe ya en el porvenir de su pobre patria, escribe, depura y lima un poema, como aquellos antiguos literatos que confeccionaban un libro en diez años. *El Peregrino*,\* que no verá la luz porque a nadie interesará leerlo, es el raudal de poesía más brillante de pedrería que hasta hoy

---

\* Se refiere a *Cantos del peregrino* (1864) de José Mármol, suerte de relatos autobiográficos que siguen el modelo del poema narrativo *Childe Harold's Pilgrimage* de Lord Byron (N. de la E.).

ha producido la América. Byron, Hugo, Beranger, Espronceda, cada uno, no temo afirmar, querría llamar suyo algún fragmento que se adapta al genio de aquellos poetas. Mi teoría sobre la poesía española está allí plenamente justificada; exuberancia de vida, una imaginación que desborda y lanza cascadas de imágenes relucientes que se suceden unas a otras; pensamiento altísimo que se disipa, falto de mejor ocupación, en endechas, maldiciones y vano anhelar por un bien imposible; bellezas de detalle, hacinadas como las joyas en casa del lapidario, sin que el fin venga a darles a cada una su debida importancia; y el alma replegándose sobre sí misma por no encontrar fuera de ella el espectáculo de las grandes cosas, palpando sus heridas, recontando como el avaro sus tesoros, y repitiendo como el niño en palabras animadas, en eterno y rimado monólogo, todos los sentimientos, todas las crispaciones que en aquella prisión del no ser, del no poder emplearse experimenta. Mármol emprendió en vieja nave el traslado a Chile. A la altura del Cabo, el sudoeste los tuvo dos meses a la capa a los 64° de latitud, luchando con las olas que amenazaban sepultarlos, esquivándose con dificultad de las masas flotantes de hielo alborotadas por la tempestad, viendo venir la muerte por los costados del buque en montañas

líquidas, por la bodega donde achicaban sin cesar día y noche la bomba, por la falta de alimentos cuya duración podían medir, por la ración de agua que se les acordaba escasa. Al fin, desmantelada la nave, hundiéndose por pulgadas de día en día, crujiendo los maderos próximos a desbandarse, llegaron a Río de Janeiro, y Mármol bajó a tierra a rumiar el poema, que entre estos sufrimientos y aquellas excitaciones había brotado en su pensamiento. He aquí la tela, ¡pero el bordado, cuán rico es, y cuántos colores vivísimos le han servido para matizarlo! Las zonas templadas, la pampa y el trópico, la república antigua y el despotismo moderno, los mares procelosos y sus muertos amores, todo pasa por aquel panorama, todo se refleja en aquel espejo, donde lo pasado y lo venidero vienen a confundirse en el vacío que el presente deja. Mármol es poeta, y es lástima que cante lo incantable, la descomposición, el marasmo. ¿Quién no siente que fragmentos como este debieran andar entre las *Orientales*?

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde  
resbala como tibio suspiro de mujer,

---

\* Se refiere a *Les Orientales*, poemas escritos por Victor Hugo y publicados en 1829 (N. de la E.).

y en voluptuosos giros besándonos la frente,  
se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas, ¡ay!, otra indecible, sublime maravilla  
los trópicos encierran, magnífica: la luz,  
la luz radiante, roja, cual sangre de quince años,  
en ondas se derrama por el espacio azul.

Allí la luz que baña los cielos y los montes  
se toca, se resiste, se siente difundir;  
es una catarata de fuego despeñada  
en olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo  
que, cual si reflectase de placas de metal,  
traspasa, como flecha de imperceptible punta,  
la cristalina esfera de la pupila audaz.

A dónde está el acento que describir pudiera  
el alba, el mediodía, la tarde tropical,  
un rayo solamente del sol en el ocaso,  
o del millón de estrellas, ¿un astro nada más?

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,  
que en torbellino brota la frente de Jehová

parado en las alturas del Ecuador, mirando  
los ejes de la tierra, por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica  
la tierra que recibe los rayos de su sien,  
e hidrónica de vida revienta por los poros  
vegetación manando para alfombrar su pie.

El cerebro de donde han saltado estas abrasadas  
chispas puede adaptarse muy bien a las cavidades del  
cráneo de Victor Hugo o de Lamartine. ¿Y dónde,  
sino entre los más claros ingenios, puede encontrarse  
concepción más alta, pintando la brevedad de los  
siglos al atravesar la eternidad?

De su caos los siglos se desprenden,  
llegan, ruedan, levantan en sus manos  
generaciones, mundos, y descienden  
de la honda eternidad a los arcanos;  
así del hombre las pasiones hienden  
por esos del placer goces mundanos,  
roban la aroma de la flor, y luego  
vuelven al corazón marchito el fuego.

Tienen y nada más sobre este mundo  
una nación, un siglo; un hombre, un día.

Y cuando busca las causas de la degradación de su patria, y encuentra en nuestros tristes antecedentes históricos la España:

Eso tiene este mundo americano,  
como fibras de vida dentro del pecho,  
desde el florido suelo mejicano  
hasta la estéril roca del Estrecho,  
absolutismo, siervos y tirano,  
farsas de libertad y de derecho,  
pueblo ignorante, envanecido y mudo;  
superstición y fanatismo rudo.

¡Coraje, mi querido Mármol! ¡Si alguna vez vuelves atrás la vista en la ruda senda que has tomado, me divisarás a lo lejos siguiendo tus huellas de *Peregrino*! Sed el Isaías y el Ezequiel de ese pueblo escogido, que ha renegado de la civilización y adorado ¡el becerro de oro! Sin piedad, ¡aféale sus delitos! La posteridad y la historia te harán justicia. Gritadle, con el grito vengador del pudor ofendido:

Diputados, ministros, generales,  
¿qué hacéis? Corred, el bruto tiene fiebre,  
arrastrad vuestras hijas virginales  
como manjar nitroso a su pesebre;

corred hasta las santas catedrales,  
a vuestros pies la lápida se quiebre,  
y llevad en el cráneo de Belgrano,  
sangre de vuestros hijos al tirano.

Me ha dejado atónito, espantado, Mármol, con la lectura de su poema, y otro tanto experimentaban López, Pinto, Herrera, que oyeron la lectura de varios fragmentos. Imposible seguir aquel torrente de pensamientos y de imágenes, que van cayéndose y levantándose como el agua que desciende de las alturas de los Andes; la imaginación se fatiga al fin, con el relampaguear de las figuras y de las comparaciones, que revisten de un empedrado reluciente aun los pensamientos más comunes y todos estos tesoros de moral, de justicia, de valor, toda aquella joyería de idealizaciones, de descripción y de conceptos, todo perdido, oscuro, porque la justicia está calumniada, oprimida, pisoteada, sin esperanzas de ¡mejores tiempos!

Encontré también aquí a mi antiguo amigo Ruguendas, que en sus numerosos diseños ha estereotipado la naturaleza y las fisonomías de las diversas secciones de la América del Sud. Su grande obra sobre el Brasil le ha dado un nombre en Europa; pero ni en Europa, ni en América se apreciará por largo tiempo

todavía su exquisito talento de observación, la nimia exactitud de sus cuadros de costumbres.

Ruguendas es un historiador más bien que un paisajista; sus cuadros son documentos en los que se revelan las transformaciones, imperceptibles para otro que él, que la raza española ha experimentado en América. El chileno no es semejante al argentino que es más árabe que español, como el caballo de la pampa se distingue de a leguas del caballo del otro lado de los Andes.

Humboldt con la pluma y Ruguendas con el lápiz son los dos europeos que más a lo vivo han descrito la América. Ruguendas ha recogido todas las vistas del Brasil, y tal cuadro suyo de la vegetación tropical sirve de modelo de verdad y de gusto en las aulas de dibujo en Europa; México, el Perú, Bolivia, Chile, Arauco, la República Argentina y el Uruguay le han suministrado, en veinte años de viajes, tres mil sujetos de paisajes, vistas, costumbres y caracteres americanos bastantes a enriquecer un museo. Ruguendas tiene, sin embargo, sus predilecciones. Alemán, cosmopolita, es por la candorosa poesía de su carácter, argentino y gaucho. ¡Cuánto ha estudiado este tipo americano! Los artistas europeos no acertarían a apreciar el mérito de sus composiciones. El gaucho ha pasado al lienzo con sus hábitos, su traje, su carácter moral;



la desembarazada inclinación de su espalda, la contracción de los músculos de su fisonomía, que le es tan peculiar, corresponden con el talante reposado y como equilibrándose del que vive a caballo. Entre las escenas de la pampa, Ruguendas tiene dos tipos que repite y varía al infinito. La escena de bolear caballos y el rapto de las cristianas, el poema épico de la pampa, de que Echeverría sacó tan bello partido en su *Cautiva*. ¡Cuántos contrastes de matices y de caracteres suministra, en efecto, aquel drama, en que mil familias de los pueblos fronterizos pueden creerse penosamente interesadas! La pampa infinita y los celajes del cielo por fondo, confundidos en parte por las nubes de polvo que levantan los caballos medio domados que monta el salvaje; la melena desgredñada flotando al aire y sus cobrizos brazos asiendo la blanca y pálida víctima que prepara a su lascivia; ropajes flotantes que se prestan a todas las exigencias del arte; grupos de jinetes y caballos; cuerpos desnudos; pasiones violentas; contrastes de caracteres en las razas, de trajes en la civilización de la víctima y la barbarie del raptor, todo ha encontrado Ruguendas en este asunto favorito de su animado pincel. Halos ejecutado para el Emperador y recibido en recompensa la condecoración imperial. Me ha hecho obsequio de una salida de los sitiados en Montevideo, en que ha

ostentado toda la gala de su talento de reproducir los tipos americanos. Distínguese entre la muchedumbre de soldados improvisados los argentinos de los orientales, más por sus fisonomías diversamente animadas que por las ligeras variantes del chiripá. Entre los jefes a caballo que forman la cúspide del grupo, conócese el que es europeo por la manera de llevar la cabeza, y un italiano a pie contrasta al lado de los argentinos y orientales, menos elegantes en su postura.

Todo de Ud. etc.



# RÍO ES UN ESTADO DE ÁNIMO\*

Hebe Uhart

(2011)

El poeta paulista Mario de Andrade escribió estos versos, inspirados en el Carnaval de Río de Janeiro.

Ansia heroica de mis sentidos  
para acordar el secreto de seres y cosas,  
soy el compás que me une todos los compases,  
yo bailo en poemas multicoloridos.

Todo en Río es colorido y todo es mucho. Mucha gente en la calle, muchas actividades dispares, mucho ruido. Se ve que el ruido no les molesta porque han importado con placer un aparato que aumenta la intensidad de los sonidos, para oír más y mejor. Río vendría a ser como una sintonía coral donde hay mucho

---

\* Publicado originalmente en *Viajera crónica* (2011) y luego incluido en *Crónicas completas* (2020), ambos por Adriana Hidalgo editora.

de todo: en una postal hay diez tucanes (el tucán es frecuente como motivo decorativo, y como símbolo político equivale al halcón: en un brazo de semáforo hay diez pajaritos posados). Mientras muchos van a la playa, otros pasan por la calle con canastos, barras, envíos. Los autos embisten y la gente suele cruzar la calle corriendo. En la plaza central, en el monumento al general Osorio, solo se destacan nítidos el general y su caballo; debajo, una masa informe de combatientes brumosos, vivos, muertos, heridos. Me recuerda a Spinoza: mientras unos viven, otros mueren; unos se levantan, otros se acuestan, todas las variedades no hacen más que reflejar la unidad de la naturaleza. En Río uno siente vivamente [...] entre los cuerpos, el calor, la playa, los bailes, los corrillos alrededor de los que danzan capoeira en el centro, hacen que uno se sienta un cuerpo participando de algo corporativo, grupal.

Clarice Lispector se hace eco de esa intensidad de vida. Dice: “No quiero ser biografía, quiero ser bio”. Los cariocas, para afrontar la fuerza de ese mar, de esos cerros, de esa belleza, para afirmarse, hablan en tono rotundo, indubitable, nombrar es inaugurar. Tienen un pasado imperial y se deja ver, las calles están llenas de nombres de duques y marqueses: Rua Marqués de Ouro Preto, Rua Vizconde de Pirajá, Barón de Mauá, Rua Reina Elizabeth.

En la parte lateral de la iglesia de Santa Cruz, hay muchas funerarias de militares muertos: cada una tiene un sobrerrelieve de cabeza con yelmo cerrado y esta inscripción: “La imperial hermandad de Santa Cruz de los militares al teniente X”. Algunos mozos de bares y hoteles sirven con conciencia de la dignidad del servicio; ponen énfasis en cargar la bandeja y, en cualquier situación compleja, hay siempre un mediador, que viene a ser traductor, esclarecedor o compaginador. La palabra es concertar, las situaciones deben ser concertadas. Sí, hay una armonía pero prima la palabra del padre, la voz del padre, que necesita un mediador, unos conciliábulos para *dar tudo certo* y después anunciar la verdad, con esa voz campanuda y rotunda. Falta poco para las elecciones generales y no hay debate político en la televisión carioca; parece que los indecisos no conocen a los candidatos. Pero en el *Jornal do Brasil*, por ser el día del padre, hay dos páginas centrales donde los hijos rinden homenaje a sus padres de estas formas:

Mi padre es mucho mejor.

Nadie vence a mi padre.

Padre, tú eres mi partido.

Movimiento del padre que lo sabe todo y cumple.

Mi padre a la cabeza.

En el año de elección, yo voto a mi padre.

Río exhibe todo. Refiriéndose a la Rua do Ouvidor, una crónica del siglo pasado dice: “Es más un salón que una calle”. La antigua y hermosa Rua do Ouvidor, tan bien conservada, con sus puertas y balcones pintados de azul, y cerrando el fondo, una pared color naranja.

Río exhibe todo: sus jardines, su pasado, sus mendigos, su belleza, su fealdad. Come en el restaurante un obeso de doble panza, una sobre la otra, su remera no llega hasta abajo, pero a él no le importa. Los mendigos circulan por la calle sin miedo propio ni ajeno: uno de ellos peroraba con una barra de hierro larguísima en su mano, nadie parecía asustarse. Otro, teñido de rubio, convidaba a todo el que pasaba con un pan que mojaba en una lata de Coca-Cola. Otra mendiga, cuya enagua o lo que fuera que le colgaba como una cola de gala, se sentó en un bar frente a unas señoras de clase media y consumió como cualquier cliente. En el lujoso edificio del complejo multimedia Manchete, una señora trasladaba de un piso a otro una ropa enfundada y, sobre la funda, de modo visible y prácticamente tangible para los viajeros del ascensor, dos corpiños y dos bombachas. Pero también

en esta exhibición se rescata el pasado: el predio de la fundación Ruy Barbosa, destinado a investigaciones históricas y sociológicas, ha respetado el jardín tal como era, están las enormes palmeras, tinglados donde crece una especie de parra y también los patos y gansos que habría antes. Delante, un arenero con juegos en los que hay madres con chicos merendando. Es un museo, un centro de investigación, pero sin su acartonamiento frecuente.

El carioca no parece amante de las definiciones tajantes, ni deseoso de señalar la diferencia entre lo que es y lo que debería ser. Mis diálogos eran más o menos así:

—En esa esquina debería haber un semáforo, es un cruce peligroso.

Interlocutor:

—*Debería, sim, mas não existe.*

Y ningún comentario posterior, porque tal vez deberían existir los elefantes azules. Otro diálogo en un parque:

—Señora, ¿cómo se llama ese pajarito?

—*Acho que rolinha não é mesmo.*\* —Consulta al mediador—: *¿Você acha que é rolinha?*

Mediador:

---

\* Creo que no es una torcaza (N. de la E.).



—*Acho que não.*

Y ahí termina la conversación, aprendí lo que no es el pájaro, ninguna preocupación por no saber o averiguar.

Por un lado, los cariocas parecen más antiguos que los rioplatenses y, por otro, más modernos. Parecen más antiguos por el lenguaje, con sus *angora* y *mesmo, mulher*, como si la lengua fuera una mezcla de latín con algún gauchesco exótico y caprichoso. Pero cuando salen de la playa y entran en la ciudad semidesnudos pero limpios, con apenas una toalla debajo del brazo que llevan como minúsculo paquete, parecen ciudadanos del futuro.

Río exhibe sus deseos y sus sueños en sus pinturas y artesanías. Las paredes de un restaurante italiano están decoradas con un fresco que quiso ser Botticelli: pero los colores son más subidos; la puerta del restaurante está toda ocupada por una nereida con corona de oro; su pelo enroscado está hecho de mil serpientes; dos pescados la muerden; la sirena con una mano agarra un cangrejo y con la otra, un hipocampo. Dentro del local, hay un enorme barco que abarca todo el espacio central que dejan las mesas. En una feria artesanal se ven dos brazos cruzados; los brazos están cubiertos

de un cuero similar al nonato y al terciopelo negro. Pero... no son manos, son garras de algún enorme animal de presa. Manos de águila enjoradas. Un dibujante que pide limosna exhibe una paloma de grandes ojos verdes de persona: la paloma tiene una mirada rabiosa.

¿De dónde les viene a los cariocas la afición por ciertos nombres como Eneida, Eneas, Mauritonio, Flavio, Plinio? Tal vez del pasado imperial o del gusto por las biografías y las mitologías.

Abundan los programas televisivos con intención educativa donde se presentan mitos e historia de Roma; el efecto es un tanto posmoderno, como si creyeran en la reencarnación. Cuando Marco Aurelio le dice a un centurión: “Estoy muy ocupado, no puedo atenderte”, le falta el celular. Y conservan la forma de nombrar las cosas, los epítetos, algún elemento mítico por el cual el nombre realza el objeto; más aún, lo produce. El letrero del hotel Gloria, aludiendo a su color, reza: “Nuestra casa blanca”. En el puesto seis de Copacabana, se lee un cartel al frente de un local: “Homenaje al frescobol, inventado en Brasil en los años cincuenta, único deporte con espíritu deportivo, sin disputa entre vencedores y vencidos”. ¿Qué es el frescobol? La pelota paleta en la playa. A un prestigioso cómico se lo llama “el atleta de la

palabra”. Lo que une la idea de competencia a la idea de que la palabra es una fuerza que gana.

Mirando una tienda con vestidos de novia, me detengo en el traje de la madrina; parece la ilustración del vestido de un hada para cuentos infantiles. Le digo a la vendedora, muy simpática, que parece el vestido de un hada. Me responde:

—¿Y acaso el casamiento no es un sueño?

Algo de razón tiene, ¿pero cumplirán los brasileños sus sueños? El país tiene dieciocho millones de analfabetos (declarados). Cardoso dijo, en 1996, que haría las reformas necesarias para extinguir las desigualdades y que convertiría a Brasil en el país de los sueños de todos. Pero en Río el desempleo sigue subiendo y es visible la decadencia en Flamengo, Botafogo y en la misma Copacabana: el barrio semielegante de otrora se convirtió en un lugar donde venden comida por gramos. ¿Se puede conciliar el optimismo que exhibe la televisión con sus bienintencionados programas educativos, desde donde se le enseña a la gente a pronunciar la palabra “abogado”, con lo que se ve y se presiente? Desde hace mucho tiempo, los brasileños consideran a los cariocas como flojos, irresponsables y frívolos. En un libro apasionante, *El imaginario de la República en Brasil*, José Murilo de Carvalho cuenta cómo se instauró el régimen republicano y la

desconfianza de los paulistas frente a las decisiones políticas de los cariocas. No era para menos, había tres ideologías para legitimar la República: la liberal, la jacobina y el positivismo cotidiano. Pero, además, dice Murilo: “La República se instauró en un momento de especulación económica y de afán de lucro incompatibles con la virtud republicana”. Hay que añadir el fuerte peso militarista que era incompatible, a su vez, con el positivismo de Comte. Por otra parte, el partido republicano estaba en crisis en Río; su jefe, Saldanha, renunció y escribió a los paulistas en 1889: “Disciplinar este partido es una tarea superior a las fuerzas de cualquiera”. Un poema de la época, en su afán de concertar, dice:

Pues deben los brasileños,  
sin importar su opinión,  
unirse en este día para rendirle devoción.  
Por lo tanto, vosotros, monárquicos,  
y vosotros, anarquistas,  
uníos a los positivistas con los corazones palpitantes.

En la instauración de la República no hubo ninguna participación popular: la gente no sabía lo que pasaba. Para aumentar las contradicciones, Comte consideraba que la raza negra era superior a la blanca y la

mujer, al hombre. Tampoco la pavada; finalmente, después de largas indecisiones sobre la imagen de la República (si algo que tendiera a la de Comte, que la quería madre u otra), fue representada por una mujer blanca. Los mismos que adherían a la idea de Comte de que la mujer era superior no permitían que la mujer participara en política: no era usual. A comienzos del siglo, un ministro de Hacienda fue acusado de haber reproducido el retrato de su amante en un billete del tesoro, representación de la República.

En relación con esa curiosa tendencia a reconciliar lo irreconciliable, recuerdo a una peluquera que conocí en un viaje anterior. Ella iba a bailar al Carnaval, pero también asistía a los retiros y las charlas que hacía la Iglesia para advertir a los fieles de los pecados y ofensas a Dios que se hacían durante el Carnaval. “¿Cómo puede ser?”, le pregunté. Y me respondió: “El Carnaval es muy bonito, pero ¡el padre también habla muy bonito! Es un placer escucharlo”.





## Un imperio desvanecido

por Jorgelina Núñez

Son dos escritores enormes, pero eso no los emparenta. Tampoco lo hace Río, el tema/ciudad común que ambos han elegido comentar. Ni siquiera el dato de que han sido maestros y la docencia en todas sus formas fue para ellos un elemento crucial y constitutivo. La distancia temporal entre uno y otra hace que la segunda fuera lectora devota del primero, pero la relación inversa es imposible. Entonces, ¿cabe imaginar un diálogo entre Domingo Sarmiento y Hebe Uhart que se habría iniciado en el siglo diecinueve y se continúa y concluye en las primeras décadas del siglo veintiuno? Sería una hipótesis tan audaz como improbable, como lo son la mayoría de las especulaciones literarias. Sin embargo, hay resortes que se activan tras la lectura de sus textos y que proponen la idea de hacerlos jugar de par en par como lo sugiere esta colección.

Yo aventuraría que lo que los reúne y al mismo tiempo los aleja son dos gestos: uno es político y el otro, económico. El primero se basa en la necesidad



compartida de ir hacia los demás, al encuentro de los otros y de lo otro. Esa tendencia está hecha de curiosidad, de interés genuino y de ausencia de prejuicios. Ninguno busca rasgos o características que ratifiquen sus ideas previas, por el contrario, pesa más la sorpresa del descubrimiento o del hallazgo inesperado que los obliga a repensar las situaciones o a pensarlas por primera vez. En ese sentido, los dos dejan de lado el didactismo para abrirse a la posibilidad del aprendizaje. Y ambos son alumnos agradecidos de sus propias experiencias.

El segundo gesto es económico porque mientras para Sarmiento la totalidad del viaje emprendido supone una inversión, la adquisición de un capital simbólico que le permitirá diseñar políticas públicas y a partir de ellas modificar la realidad y sus sujetos, en el caso de Uhart los trayectos no solo son módicos y acotados a los escasos recursos con los que cuenta (“cronista precarizada” la considera Mariana Enríquez), sino que además tienen un rédito a corto plazo, la inmediatez de la escritura de unas páginas breves.

Sin duda, esta diferencia de alcance o de proyección obedece también a circunstancias biográficas. La juventud y el vigor de Sarmiento en ocasión del largo periplo emprendido entre octubre de 1845 y 1847 contrastan con las necesidades de esta señora

que supera los setenta años y que, no obstante, no duda en trasladarse con cualquier medio de transporte siempre y cuando pueda descansar en algún bar cercano, fumar un cigarrillo y tomar notas junto a un café. Habrá que ver, entonces, de qué maneras cada uno transita esta aventura y la trasmite, y qué valor y representatividad le otorga.

### **De la carta a la crónica**

Aprovechando su condición de exiliado en Chile y a instancias de su amigo Manuel Montt, entonces ministro de Instrucción Pública del gobierno trasandino, que le encomendó la tarea, Sarmiento partió dispuesto a conocer sistemas educativos e inmigratorios que pudieran servir de modelo para aquel país y eventualmente para el nuestro, con la esperanza de retornar cuando Rosas ya no estuviera en el gobierno. Tenía entonces 34 años y había dirigido la Escuela Normal, era un periodista destacado, fundador de varios diarios y acababa de publicar el *Facundo*. Si se decidía en esta oportunidad a recorrer el mundo lo hacía menos con espíritu viajero que con un propósito claro: saber más sobre educación para educar mejor y saber más sobre inmigración para poblar

mejor. Durante ese período visitó Montevideo, Río de Janeiro, Francia, España, Argel, Italia, Alemania, Suiza, Inglaterra, Estados Unidos, Canadá y Cuba, y en los retratos de cada sitio, se advierte lo que Juan José Saer apunta con certeza: “La capacidad, a pesar de la firmeza casi monomaniaca de sus ideas, de dejarse maravillar por todo lo que en la realidad diversa y adversa las contradice. De esa hospitalidad a lo antagónico nace su literatura”.

*Viajes en Europa, África y América: 1845-1847*, el volumen que reúne esa experiencia, es un texto tan excepcional como su autor. No se trata, dice él mismo en el Prólogo, de un viaje escrito, que “es materia muy manoseada”, ni de simples impresiones, género creado y explotado por Alejandro Dumas que “solía hermohear sus cuadros con las ficciones de la fantasía”. Sin reconocerse como tal o desentendido de las clasificaciones, Sarmiento es un cronista consumado, un escritor que se compromete con lo que encuentra a su paso y se esfuerza por entender. De allí la ironía con la que descalifica los textos de Dumas, ¿para qué apelar a la imaginación cuando lo real es tanto más vasto y misterioso?

Tal vez porque la crónica no era un género en boga, la elección formal de sus textos recayó, entonces, en “el andar abandonado de la carta, que tan bien cuadra con

la natural variedad del viaje”. Será el género epistolar el que dé cuenta de sus aventuras en el extranjero, porque este le permitirá tratar todos los asuntos sin un plan predeterminado ni la gravedad de un informe, e incorporar sin reparos la nota personal. La carta que aquí se publica fue escrita en Río de Janeiro y dirigida a Don Miguel Piñero, aunque se podría decir que ni a este ni a los restantes destinatarios los consideraba receptores exclusivos. Sin ir más lejos, sobre el final de esta misiva le habla abiertamente a José Mármol, el poeta a quien conoció en Río, y lo exalta, además de citar varios de sus poemas. Lo cierto es que Sarmiento nunca perdía de vista el abanico amplio de lectores contemporáneos y futuros con los que esperaba contar. De hecho, publicó sus *Viajes* poco tiempo después de su regreso: en 1849 salió el primer tomo y dos años después, el segundo.

“He escrito pues lo que he escrito”, concede finalmente en el Prólogo, como quien dice “lo que me salió”, pero la declaración encubre la falsa modestia sarmientina pues, antes que incompetencia, su autor busca afirmar una singularidad: lo suyo es único, fuera de género.

Autora de cuentos y *nouvelles* escritos bajo un registro doméstico, llano pero nunca simple, Hebe Uhart

encuentra en la crónica un género a la medida de sus deseos de conocer. La pregunta por lo inmediato, por lo que le llama la atención y la interpela es lo que la cronista busca satisfacer. Y por lo general son las ciudades pequeñas, antes que las grandes, los espacios donde esa curiosidad mejor se despliega. Por su tamaño y complejidad, los centros urbanos exigen análisis e interpretaciones que no le interesan ni se siente capaz de enunciar; los pueblos, en cambio, le permiten un contacto más directo con sus habitantes, y de los diálogos con ellos extrae razonamientos breves pero agudos, llenos de una gracia pícaro pero nunca irónica ni burlona. De allí que se reconozca como una “cronista de cabotaje”, mientras que en las ciudades populosas se siente arrollada por un estupor cercano a la incomprensión o, como en el caso de esta crónica, determinado también por la limitación idiomática.

### **Río ¿es un estado de ánimo?**

Lejos del bronce de prócer en el que su figura quedó inmortalizada y aunque cuesta imaginarlo de otra manera, Sarmiento alguna vez fue joven e inquieto. Según se lee en el “Diario de gastos” que acompaña la edición de sus *Viajes* y en el que detallaba

pormenorizadamente el dinero desembolsado, no se privaba de los placeres carnales, que asentaba bajo el rubro “orgías”. En el comienzo de esta carta se presenta así: “Son las seis de la mañana apenas, mi querido amigo, y ya estoy postrado, deshecho, como queda nuestra pobre organización cuando se ha aventurado más allá del límite permitido de los goces”. Cuál es el límite que dice haber franqueado no lo sabemos, pero podemos intuir, incluso casi percibir corporalmente el daño que los rayos del sol le infligen, los restos de una resaca que apenas le permite abrir los ojos. Lleva veinte días de residencia en la ciudad y su primera constatación es el contraste entre el desgano del propio cuerpo agobiado por el calor y la energía gozosa que este desata en el resto de los seres vivos. “Bajo los trópicos, la naturaleza vive en orgía perenne”, dice, y es imposible no poner en correlación esta sentencia con el rubro antes citado pero, a diferencia de lo que ocurre entre las especies vegetales y animales, que no cesan de crecer y reproducirse, en los seres humanos el efecto es devastador: “La vida bulle por todas partes, menos en el hombre, que se apoca y anonada”. Y sobre todo en él, “un extranjero venido de climas templados”, un intruso abrumado por una belleza que le demanda horas y horas de atenta contemplación, y que añora la austeridad de su hogar, de su nada.

En ese estado de ánimo y con las facultades físicas disminuidas por el calor, ¿qué fue a buscar durante su estadía brasileña? Aun cuando también en el Prólogo declara que no le interesan la geografía ni el aspecto físico de los lugares que visita, y que lo que persigue y trata de desentrañar es “el espíritu que agita las naciones, las instituciones que retardan o impulsan sus progresos”, no puede evitar el deslumbramiento frente a esa naturaleza portentosa. Aquí se confirma lo que decía Saer más arriba, la capacidad de Sarmiento para hacerle lugar a lo antagónico. Las notas con las que describe plantas e insectos, aves y frutas son tan certeras e ilustrativas como el estado de ánimo que le provocan: “sensaciones de placer, inefable deleite, excitación de entusiasmo casi delirante que causa esta naturaleza siempre de gala”. En contra de sus propósitos, el cronista se rinde ante ese espectáculo. No sería de extrañar que Hebe Uhart, lectora confesa de Sarmiento, haya encontrado en esta carta el motivo y el título para su crónica.

### **El factor humano**

En uno de sus despertares en el trópico, Sarmiento se topa con una realidad que, aunque no le es

desconocida, le resulta ajena por obsoleta: la de la vigencia de la esclavitud. La presencia de los esclavos le llega primero a través de una percepción auditiva: “un rumor de sonajas metálicas y de voces humanas” y luego, de una imagen compuesta por una “larga recua de negros encorvados bajo el peso de la carga”. Recua evoca el colectivo usado para hablar de burros o mulas, y así ve a esos hombres, como mulas humanas, bestias de dos pies que elevan su condición a través del canto con el que se dan ánimo en la tarea. La esclavitud (*esclavatura*, la denomina) es la representación del atraso, pues solo los pueblos menos civilizados —Brasil, Cuba, el sur de los Estados Unidos— todavía no han sabido cómo reemplazar esa fuerza. Y también acarrea grandes perjuicios en términos sociales: la venganza de los esclavos se concreta en las enfermedades que contagian, tanto como en la corrupción de las familias, cuyos miembros pagan muy cara su lascivia. “Así —concluye Sarmiento— el crimen cometido contra una raza, y consentido por la moral pública, va deponiendo lentamente sus gérmenes en el seno mismo de la raza opresora, para obrar a la larga una de aquellas grandes e infalibles compensaciones ¡con que el mal se equilibra en el mundo moral tornándose siempre en desagravio de los oprimidos!”.



Para él, en esta contienda “racial”, hay un ganador indiscutido: el mulato, superador de quienes le dieron origen. Sarmiento hace un elogio de la mezcla que revela convencionalismos de época y según los cuales a los negros les cabe la superioridad física así como a los blancos, la del intelecto. Encuentra en los mulatos una síntesis perfecta de cualidades morales, en la que sobresalen la buena predisposición, el gusto estético, el talento musical y la solidaridad. Sin embargo, observa, si alguien le dice mulato a un tercero, lo está insultando y es algo que está prohibido porque de una u otra manera todos se sienten comprendidos por el reproche.

“Todo en Río es colorido y todo es mucho”, declara Uhart desbordada por el movimiento constante, aturdida por el ruido ambiente, mareada por el calor, la playa, los bailes. La vida en Río es tan intensa que ella no puede evitar verse envuelta en esos tumultos que “hacen que uno se sienta un cuerpo participando de algo corporativo, grupal”. Si en Sarmiento prima la exclusión de quien se siente fuera de algo que lo fascina y supera, en Uhart es invitación a la fiesta de los sentidos, a formar parte como quien se integra de manera involuntaria pero dichosa a las comparsas de carnaval. Sin embargo, algo parecido al pudor

la detiene y esa reserva no es demasiado distinta de la que experimentaba el sanjuanino. En varias oportunidades para una crónica muy breve repite: “Río exhibe todo”, “Río exhibe todo: sus jardines, su pasado, sus mendigos, su belleza”, “Río exhibe sus deseos y sus sueños”. Esa exhibición traza el límite entre los cariocas y los rioplatenses. Y no es el único. Desfachatez, falta de vergüenza, indiferencia hacia lo distinto o lo extravagante son aspectos que para la sociedad brasileña de esta región forman parte del paisaje cotidiano. En cambio, a la propia Uhart le causan asombro y cuando intenta que alguien le dé algún tipo de explicación o elementos para entender aquello que la intriga, se encuentra por un lado con la barrera idiomática y por otro, con el desinterés de sus interlocutores. Aunque acaso ese desinterés no sea tal; de hecho, si los consultados no tienen una respuesta satisfactoria para darle, apelan a un tercero que Uhart denomina “mediador” y que suele aportar tan poco como los anteriores.

¿Se trata de una cuestión de idiosincrasia? Tal vez. Lo cierto es que Hebe no termina de entrar de lleno en la ciudad, como si esta o sus habitantes la intimidaran y no pudiera entablar con ellos la fluidez del diálogo. En varias oportunidades recurre a lo seguro, a la alusión letrada y el respaldo que le dan

los libros, y cita a Mário de Andrade, a Spinoza, a Clarice Lispector, a Murilo de Carvalho para que, en el silencio de la lectura, tomen la palabra y la eximan del intercambio directo. Los cariocas, dice, “para afirmarse, hablan en un tono rotundo, indubitable”, anuncian sus verdades “con una voz campanuda”, sin embargo, no gustan de las definiciones tajantes por eso a menudo, ante la imprecisión y lo errático de sus respuestas, Uhart queda perpleja.

### **De un imperio a otro**

Para la época en que Sarmiento visitó Río, Brasil era un imperio y el joven Pedro II todavía concentraba todo el poder, a pesar de que el cronista no se fiaba de sus cualidades. Ante las riquezas inagotables, la incipiente y prometedora industria del café, los grandes palacios y los jardines exuberantes no podía dejar de pensar en el futuro que le esperaba a ese pueblo. Era tal la abundancia de la que gozaba el imperio que, según su opinión, el enemigo más potente que debía enfrentar radicaba en la desidia y la escasa voluntad de trabajo de sus habitantes. También era cierto que el poderío no se extendía por igual en todo el territorio y que, hacia el interior, el primitivismo ganaba la partida

y el orden solía estar administrado por matones y asesinos profesionales.

Por otro lado, cualquier intento de poner en correlación su política con la del Río de la Plata chocaba con “la fanfarronería en las palabras y la indecisión en los hechos”. Al odio al extranjero venido de Europa se sumaba el hecho de que “el brasilero afecta ignorar que existe por ahí una cosa que se llama República Argentina”. Por eso Sarmiento aconsejaba tener siempre a mano buenas cartas de recomendación.

Es muy probable que Hebe Uhart no haya contado con esas cartas y ni siquiera con contactos del ámbito literario que podrían haberle hecho sentir una mayor familiaridad. Ella recorre la ciudad como una perfecta extraña y le llaman la atención los nombres de las calles, que remiten a una antigua y desconocida nobleza. El pasado imperial pervive en la arquitectura y acaso también en el gusto de los cariocas por nombres como “Eneida, Eneas, Mauritonio, Flavio, Plinio”, tan ajenos a la cultura tropical. Ahora lo que cuenta es que “el país tiene dieciocho millones de analfabetos (declarados)” y que es visible “la decadencia en Flamengo, Botafogo y en la misma Copacabana”, exactamente los lugares por donde Sarmiento no dejaba de maravillarse con su esplendor.

De la carta de Sarmiento relatando su viaje a Río con una mirada globalizadora, atenta a la historia y a la política, la cultura y la naturaleza, lo social y lo económico, a la sucinta crónica de Hebe Uhart, algo más que el imperio se ha desvanecido, también una cierta manera de mirar lo real que se ha ido adelgazando hasta volverse cada vez más parcial y enfocada en los detalles. Para Sarmiento, el futuro no puede ser otra cosa más que próspero; Uhart, en cambio, detecta los signos del declive que acaso sean comunes a toda civilización.





Este ejemplar se terminó de imprimir  
en el mes de noviembre de 2023 en  
los talleres gráficos de Área Cuatro.





“Todo en Río es colorido y todo es mucho”, declara Hebe Uhart, desbordada por el movimiento constante, el ruido ambiente, mareada por el calor, la playa, los bailes. La vida en Río es tan intensa que ella no puede evitar verse envuelta en esos tumultos que “hacen que uno se sienta un cuerpo participando de algo corporativo, grupal”. Si en la visión de Domingo F. Sarmiento prima la exclusión de quien se siente fuera de algo que lo fascina y supera, en Uhart es invitación a la fiesta de los sentidos, a formar parte de manera involuntaria pero dichosa de las comparsas de carnaval.

Más de un siglo y medio separa el texto sobre Río de Janeiro que Hebe Uhart publicó en *Viajera crónica* (2011) del que Sarmiento incluyó en sus *Viajes en Europa, África y América* (1849). Sin embargo, en las imágenes que cada uno construye de la ciudad carioca hay puntos de interés comunes y una cierta mirada cautivante y desprejuiciada que más que describir la ciudad, la llena de interrogantes.

